

La ciudad: intentos de nuevos controles sobre el tiempo y el espacio

Emma Scovazzi

De Caracas a New York, de París a Tokyo, las ciudades presentan problemas semejantes que provocan respuestas políticas diversas mostrando hasta que punto son una gran preocupación para los gobiernos del presente. La población se acumula de más en más en las ciudades y la megalópolis se impone como la forma dominante de concentración humana tanto en los países avanzados como en los del Tercer Mundo: el desarrollo de la vida urbana es una referencia de primer orden para analizar las mutaciones sociales y el espacio urbano juega un rol predominante en la estructuración, en la consolidación, de los cambios sociales¹.

Después de finalizar la década de los setenta, comienzan a perfilarse las grandes líneas de una conversión iniciada años atrás y cuyo progreso no hace más que acentuarse, determinando todo el cuerpo social. Hasta entonces fue posible pensar en un derecho a la ciudad, desde una posición crítica del pasado, como alternativa real dentro de la esfera política, lejos de los términos de *integración e inserción* que dominan el discurso actual.

En lo acaecer, la reafirmación del no-trabajo, de la apropiación del espacio, de la gestión de la vida cotidiana tal como fueron reivindicados choca con la enorme capacidad del poder en su tentativa de ordenar y regular, bien entendido a su favor, los espacios urbanos considerados como lugares de antagonismos y de libertad. El Estado prueba estrategias, ensaya experiencias que tienen como objetivo funcionalizar el máximo, recuperar y explotar todas las fisuras sociales de las cuales puede emerger un potencial de reorganización de la cotidianidad.

Después de la descentralización productiva que logra fragmentar la socialización del trabajo se organiza como continuación lógica, una descentralización administrativa, de la ciudad y del territorio, que consiste en establecer otras formas de gestión dando a su vez una imagen de extensión de la democracia, de defensa del interés general. Se trata de evitar la reaparición o la creación como en los años 65-75 de una resistencia, expresada en el vivir cotidiano de la ciudad, a las exigencias de una nueva racionalidad.

En Francia particularmente, esta política se basa sobre ciertos principios entre los cuales se destaca el abandono, por el Estado, de las soluciones que reclaman los problemas sociales, «liberar el Estado de lo cotidiano»; principio transformado en un mecanismo que permitiría identificar responsabilidades en el proceso de decisión política, la tan mentada «transparencia del poder», sin que por esto pierda el derecho de intervenir en conflictos territoriales para



«garantizar la solidaridad nacional» en el caso que fuese amenazada.

En el decenio que acaba, los intentos de aplicación han sido múltiples, pero a pesar de todos los esfuerzos es cada día más evidente que las transformaciones del poder político y de las estructuras del Estado quedan en la mayor opacidad, persistiendo solamente el discurso que equiparía «transparencia a democracia» y que se acomoda perfectamente a una situación de laxitud en lo social. Paradójicamente se puede constatar que el Estado acentúa su autoritarismo valiéndose de una enorme concentración de poderes, sin cambiar en nada sus formas tradicionales de representación ni considerar la mínima posibilidad de transferir poderes, sobre todo en los sectores claves para el funcionamiento de la Nación.

Acabados los «compromisos colectivos», las «reformas internas» los «nuevos modos de vida», los mecanismos de regulación social se buscan en un dominio que mitigue la oposición entre el sector público y el privado, como pueden ser normas para el acceso a una vivienda o planificación de un espacio.

En este sentido también se manifestó la intención de transformar las responsabilidades de colectividades locales y así asociarlas a la regulación de la crisis, no en su gestión, sino como una forma más de llenar el vacío que el voluntarismo social dejó después de su completa saturación.

Intentos. Vanos intentos. Entre los principales problemas a resolver está el control de espacios intersticiales de la vida social y el del tiempo, el de su utilización. Dentro de este contexto se debe considerar la política de la ciudad y no dentro del marco de una descentralización más o menos vacía de contenido.

Nuestras ciudades donde las contradicciones sociales continúan a acentuarse, principalmente entre la recuperación de una centralidad espacial y política y una extensión sin límites de la aglomeración, dan lugar a múltiples conflictos difíciles a someter a una regulación social. Contradicción que integra las características de un sistema social cuyas consecuencias —sobrexplotación, precariedad, desempleo— son irreversibles.

Es de estos fenómenos que surge una *nueva cuestión social* alrededor de la centralidad y del centro urbano rodeado de un mundo inestable, en continuo aumento de pobreza, que se extiende. Su aparente «marginalidad» pone en causa el funcionamiento total de la ciudad porque muestra que está lejos de ser minoritaria, por qué la imagen de una ciudad en su mayor parte integrada y con márgenes mínimos

resulta falsa y criticable: hoy los márgenes no son más que la expresión primera de un proceso que concierne toda la sociedad. Son zonas de fragilidad, de desafiliación como las llama Robert Castel² habitadas por todos aquellos que manifiestan diversamente la desaparición de un trabajo estable y garantizado.

Nuevos problemas sociales delante de los cuales los mecanismos utilizados desde hace más de diez años, muy pragmáticos, tenían como objetivo establecer una forma diferente y controlada de poblar, de movilidad de la población —en Francia se denominó «reequilibrio social de los barrios»—. Siempre de una población que por sus condiciones de vida podrían estar al origen de situaciones de violencia. Estos mecanismos, una vez institucionalizados apuntaron a una gestión del espacio urbano y como declaraba un representante del barrio de Minguettes³ en la periferia de Lyon, permitirían un control social más estrecho.

Luego viene el despliegue de nuevas y viejas ideas sobre la democratización de las instituciones encargadas de programar la forma y el uso del espacio, de controlar ciertas prácticas sociales, sin privarse por lo tanto de la eficacia técnica y administrativa que las caracteriza. Paralelamente, las estructuras centrales de programación, que sean Ministerios o Alcaldías de ciudades importantes proponen la organización de un *nivel local* o de un *micro social* con un *micro poder* que tendría la posibilidad de decidir y realizar en lo que concierne el urbanismo y la arquitectura. En este nivel local encontrarán sitio los nuevos organismos que de una u otra manera intervendrán en la planificación del espacio. Francia los multiplica, en general con superposición de funciones e intereses: la Commission pour le Developpement Social des Quartiers, la Mission Banlieues 89, los CAUE, los Ateliers Public, sus acciones pasan predominantemente a través de *la técnica*⁴.

Un análisis de los movimientos sociales en los años precedentes resulta más que interesante, dado que la historia de este tipo de acción la encontramos en la trayectoria de los Ateliers Populaires d'Urbanisme o en las Asociaciones de Barrio, al inicio como una contestación a la planificación y a las normas de arquitectura. Para entonces la idea era de utilizar la técnica de manera alternativa, como un medio que posibilita crear una red de relaciones entre los habitantes, los comités de barrio y los que trabajan con el espacio; a menudo se vio en esos lugares de planificación popular que el poder estaba confiscado por los expertos, que los «nuevos técnicos» cumplían ya con una función de filtraje de «lo que la población desea».

ba». La exigencia por parte del Estado de una confrontación casi exclusiva sobre el «savoir faire» fue, posiblemente la causa de la preponderancia de técnicos y especialistas dentro de un movimiento social que buscaba una respuesta a los problemas urbanos. La tecnificación y la tecnocratización de las luchas de barrio, muy criticadas en Italia⁵, estuvieron por el contrario, alentadas y sólidamente apoyadas por los poderes públicos en Francia.

En los últimos años, el Estado ha montado las nuevas estructuras técnicas para la gestión y la ordenación del espacio urbano que pretenden ser acompañadas por una reorganización de los modos de vida, y que todo confundido da para una experimentación sobre las mediaciones necesarias a una situación social y económica en plena mutación. Se habla de la descentralización operacional en materia de urbanismo, necesaria para lograr «el plan de la sociedad actual». El «proyecto de barrio» a la par que una renovación de la planificación fueron ideados como los elementos esenciales de la política urbana operacional dentro de la transferencia de competencias hecha por la Administración central.

Estos organismos ensayan soluciones diversas pero de acuerdo en ciertos puntos: una práctica arquitectónica según el terreno que la reclama, una organización flexible, ágil; una predominancia por el arreglo de espacios exteriores. Arreglo que debe conducir a soluciones de problemas aparentemente heterogéneos como el restablecimiento de lazos sociales, la integración de minorías étnicas, la participación, y ¿por qué no? el desempleo de las diferentes categorías profesionales. Detrás de todo, lo que más cuenta es la inseguridad de vida en los barrios periféricos de las grandes ciudades.

Al mismo tiempo, dan una respuesta a las dificultades que encuentran las colectividades locales en el ejercicio de sus nuevas funciones que tienden a una concertación entre lo social y lo urbano, a crear espacios habitados para que perdure la solidaridad familiar, lo que se ha llamado un «urbanismo familiar».

En este mundo de socio-técnicos o de «funcionarios del social», creados para controlar con mano flexible pero férrea los problemas de la ciudad hay un recién llegado, su nombre es: ingeniero del social...

En esta política hay límites que se fijan, tanto en las intenciones de los que financian como de los que gobiernan; límites de tiempo y de desarrollo: no deben transformarse en una techno-estructura, no deben adquirir una envergadura tal que escape a sus destinos primitivos.

La intención de re-ordenar espacios y poblaciones, que se los quiere limpios y homogéneos, pero bien delimitados, auto-controlados, sin la presencia, en principio, del Estado, es presentada como una búsqueda de «identidad» en el lugar de habitación.

Mundo nostálgico el de crear un espacio como definición de una identidad social, peligroso cuando lo encontramos tanto en el discurso sobre la «inseguridad» como en el de la «diferencia». Se acaba en una retórica sobre las mutaciones sociales completamente perversa, de destrucción, de ruina del social. Mientras tanto se arreglan los abordes, los canteros, los rebordes que junto con las fachadas y las entradas son considerados como lo visible. Lo perceptible inmediato en la ciudad. Es así como la política urbana termina en aires de jardinería, oscila entre la publicidad y el «bricolage».

Giancarlo de Carlo lo dijo claramente: «No existe ni gobierno ni una institución que se ocupe de estos problemas (del espacio urbano). Si lo hacen, fingen, porque lo enfrentan solamente en problemas marginales y espectaculares. Ocuparse del espacio se ha vuelto una serie de cotilleo sin grandes motivaciones y sin consecuencias importantes»⁶.

Por último, en este paisaje que nos rodea donde la degradación del social se intercambia con la de lo construido, el arte entraría en el programa de absorción de conflictos por medio de la cultura, como una especie de redención por la belleza de una ciudad vil y mezquina.

Si todos estos problemas y propósitos son restituidos en un contexto más amplio que el de la política social en los barrios, encontramos una nueva versión, reconocida oficialmente, de las teorías sobre auto-desarrollo preconizadas años atrás en los países del Tercer Mundo. Teorías que dan una ilusión de independencia, de tener en manos propias el destino del barrio, el futuro del habitar, pero que en tierras lejanas ya mostraron sus resultados y sus límites. No es evidente el cómo y el por qué de la vuelta de estas teorías para ser aplicadas en las ciudades de países avanzados, lo fundamental reside en saber si ofrecen la menor posibilidad de resolver problemas que se presentan, o bien si su recuperación sirve de pantalla ideológica que esconde un estado difícil en el dominio de la política social: mientras el Estado trata de liberarse de ella se produce una situación de desorden difuso en lo social.

Los principios que en el Tercer Mundo justificaban la integración de una población verdaderamente marginada encontrarían aquí un revés duro de consecuencias si éstas ideas de desarrollo local, de auto-

mía de barrios, se llega a traducir por un cierre, un cercado social bien entendido, de manera que los ciudadanos no se encuentren que a nivel «local», la ciudad terminará así fragmentada como lo fue el mundo del trabajo. Otra vez nos enfrentaríamos a un proceso de balkanización, de atomización, de *miniaturización del social* que llevaría a un aislamiento, sin posibilidades para las acciones colectivas o la emergencia de nuevas formas de sociabilidad que serán estrechamente canalizadas.

La ciudad sería definida puntualmente, como una adicción de pequeños conjuntos, a los cuales correspondería en política urbana una serie de proyectos insignificantes que encontrarán una coherencia sólo sin un milagro planificador se produce. Por el momento esta estrategia se presta a una confusión total, en cambio es ya posible prever que la política de fragmentación va a permitir un juego tal que facilitaría la constitución de un nuevo control social.

Que este proceso no llega aún a consolidarse lo manifiesten claramente las explosiones sistemáticas en los «ghettos» y la necesidad que siente el Estado de re-tomar un control directo de la ciudad a partir de sus centros de decisiones políticas, como es el caso francés con la creación de un Ministerio de la Ciudad⁷.

Hoy la novedad en lo urbano consiste en la alteración radical de la jerarquía de los espacios tradicionales que no deja translucir ni un modelo de ciudad ni una futura estructura de la misma.

En esos espacios públicos, aún mal determinados, es donde ya se manifiestan nuevas relaciones sociales, de manera compleja y desordenada, pero muy lejanas del inmobilismo, o de una regresión social, como seguido nos dicen los grupos políticos tradicionales; bien por el contrario, ellas nos dejan entrever una apertura política que a fines de los años setenta era imposible de imaginar. Las modificaciones en el uso del espacio público —de los jóvenes, desocupados, habitantes de grandes periferias— es todavía incomprensible y llama, como es lógico, la atención de los principales centros de poder. La interacción entra el espacio y los grupos sociales se realiza a menudo en lugares sin signos particulares, sin aparentes razones de existencia, carente de atracciones. Su utilización es de corta duración, se los elige, se los cambia, se fija un sitio, y el ciclo recomienza sin que sea posible descifrar mecanismos ni lógica alguna ya que su mayor parte, según el pensamiento que se sigue manejando sobre la ciudad, no tiene ningún elemento que sea catalizador de encuentros. La atención de los centros de poder está evidentemente,

dirigida a este fenómeno cuyas motivaciones van más allá que la calidad del espacio.

Las mutaciones continuas, gran innovación social, deben reconocerse y aceptarse para no correr el riesgo de caer en la pura tecnocracia o simplemente en la ignorancia: vivimos en ciudades donde invenciones y conflictos se multiplican y en las cuales un consenso, espontáneo u organizado, no existe.

En este modo diverso de percibir, de usar, la ciudad se revela una vacilación de los límites establecidos en la unidad del tiempo y del espacio. En efecto para comprender los fenómenos urbanos que se están produciendo no hay que perder de vista que vivimos en una sociedad cada vez menos fundada sobre el trabajo productivo, en el sentido tradicional del término. Que sea una consecuencia positiva o negativa de la tecnología no nos ocupa aquí, pero si nos interesa ver como provoca ineluctablemente una transformación en la relación entre el tiempo de trabajo y el resto de tiempos de vida. El trabajo productivo no es más uno de los elementos determinantes de la identidad del ciudadano, al mismo tiempo que su desaparición o su transformación lo libera en relación al uso del tiempo. Uno de los problemas políticos más crucial e interesante, que no tardará en ser candente, reside en encontrar la forma de gestión y de control del tiempo liberado, lo que desemboca inmediatamente en múltiples interrogaciones sobre las formas de gestión y de control del espacio en el cual ese tiempo va a insertarse.

Cuando la vida social se estructura de manera diferente en una ciudad producida anteriormente, ¿quién y con qué medios va a controlar el uso, la apropiación de un espacio urbano donde se designan la posibilidad de una nueva socialización?

Por el momento, ese tiempo liberado es impuesto con violencia a través de un proceso de exclusión que provoca destrucción. La respuesta es, en Francia, Inglaterra o Estados Unidos: inserción y prevención. El liberal gobernador de New York se jacta de haber construido más prisiones que ningún otro gobernante, Francia obtiene los Palmarés de la Internacional Seguritaria, presentando su modelo de seguridad urbana destinado a todos los Alcaldes del mundo⁸. La seguridad es una de las grandes preocupaciones de los hombres políticos, en realidad se trata de la defensa de sus propias seguridades en el goce del poder.

La inserción es diferentemente resuelta. Un millar de cursillos invade el mundo de los desocupados: cursos de reconversión, de formación, de integración, etc. No son más que una de las expresiones del

trabajo precario y una de las maneras de ocupar el tiempo liberado⁹.

Ultimamente el Estado se orienta hacia una transformación del Derecho para crear a la imagen de la nacionalidad «la ciudadanía», mientras que la sociedad persiste en señalar los chivos expiatorios de la miseria urbana: jóvenes drogados, extranjeros, gitanos, y las propuestas de política urbana movilizan prejuicios sociales de arraigos profundos contra grupos bien precisos de la sociedad a los cuales les son atribuidas siempre las disfunciones, los desequilibrios: los «otros», los que se oponen y se opondrán siempre, los que resisten y molestan al establecimiento del consensus.

La fragmentación de la ciudad, los ensayos para establecer nuevos controles sobre el tiempo y el espacio han tenido grandes aliados: la ausencia total de crítica, tanto en el plan político como intelectual. Dentro de esta problemática sería interesante estudiar la posición, durante la década de los ochenta de las ciencias sociales en relación a la ciudad.

Una reflexión como la de Oscar Negt¹⁰ aplicada a lo urbano daría inicios teóricos y políticos para dejar atrás esta miniaturización del social que se está imponiendo: «La supremacía hoy se encuentra en una micro-organización coordinada del tiempo y del espacio, decidida a nivel abstracto, a la cual los hombres están sometidos; una política dirigida a sobrepasar esta dominación no puede basarse sobre la división y la asignación de lo existente, ella debe producir algo nuevo.»

Abierta una reflexión dejemos una propuesta: la búsqueda de una nueva dimensión territorial de gobierno y de una nueva forma para realizarlo constituyen una de las máximas preocupaciones políticas en Europa como en los países del Este o en América del Norte o del Sur. Estamos delante de un terreno privilegiado para modelar, experimentar las transformaciones sociales con estrategias que pueden producir resultados completantes opuestos: el fin de la dominación por el trabajo y el consumo, una política del espacio diversa, un tipo de urbanización completamente nuevo, pero fundamentalmente la constitución de un sujeto social capaz de ser parte de esta nueva problemática.

Aquí reside toda la ambivalencia y la apertura de lo político hacia el fenómeno urbano, porque si bien las grandes contradicciones de la sociedad actual se cristalizan alrededor de la relación tiempo de trabajo y tiempo liberado, luego entre precariedad y seguridad de trabajo, en revancha el gran problema político

se sitúa alrededor de la gestión y el control del tiempo liberado y de su articulación con el espacio.

La ciudad se perfila así como el objeto de una nueva centralidad política.

NOTAS

¹ «La ville partout et partout en crise», Suplemento de *Le Monde Diplomatique*, octubre 1991, París.

Este artículo si bien está basado en los mecanismos políticos empleados en Francia, no deja de lado la experiencia de otros países, sobre todo en cuanto a la ideología de fragmentación de la ciudad y al problema del tiempo liberado.

² CASTEL, Robert, entrevista de *El País*, suplemento «Marginados». Madrid, 14 de marzo de 1991.

³ «Les Minguettes» ha sido protagonista de varias «sublevaciones» y enfrentamientos violentos que están al origen de la creación de la Comisión nacional para el Desarrollo Social de Barrios.

⁴ La Comisión Nacional para el Desarrollo Social de los Barrios, depende directamente del Primer Ministro, fue creada en 1981, con el fin de encontrar una solución política a los problemas provocados por un crecimiento urbano desordenado y con una acción en diferentes dominios de la vida social.

La Misión Periferia 89, creada por el presidente de la República en 1982, trabajó sobre una experiencia de más de 400 barrios «problemas» para mostrar que la periferia puede también ser ciudad. Los CAUE, Consejos de Arquitectura, Urbanismo y Entorno, reúnen más de 1.000 técnicos con la aspiración de ser un agente económico «local» y una estructura técnica de asistencia.

⁵ SCOVAZZI, Emma: *Nouvelles formes d'intervention dans la politique du logement*. Italie 1969-1975. París, AREE, 1977.

⁶ Entrevista a Giancarlo De Carlo, Revista *Domus*, n.º 695. Milán, 1988.

⁷ Creado en marzo 1990, a partir de un reagrupamiento interministerial y aún sin funciones precisas, continuación de la Delegación Interministerial de la Ciudad que por tanto no ha desaparecido, dentro de este contexto los poderes del «Prefecto» se han acrecentado y su figura ha sido doblada por un funcionario especialmente dedicado a la relación entre la ciudad y el Estado.

⁸ *Le Monde*. París, 3 de abril de 1990.

⁹ BIRHT, Alain: «Le prolétariat dans tous ses éclats», *Le Monde Diplomatique*, marzo de 1991, y la entrevista con R. Castel ya citada. En sentido contrario es muy interesante el «Informe Praderie» que fue encargado por el Primer Ministro y que lleva el nombre del Director de Personal de la Renault: «Quartier-Entreprise, París 1990.

¹⁰ NEGTOscar: *Lebendige arbeit, enteignate geit*. Francfort, 1985. Traducción italiana *Tempo e Lavoro*, Roma, Ed. Lavoro, 1988.

PAPERS

REVISTA DE SOCIOLOGIA

UNIVERSITAT
AUTÒNOMA DE BARCELONA

SUMARI

Núm. 38

ARTICLES

MIQUEL DE MORAGAS I SPÀ, Comunicació i cultura, un únic projecte: Barcelona '92

JOHN MACALOON I DURAN, L'experiència dels darrers vint anys: una anàlisi comparativa de les cerimònies olímpiques

JORDI BUSQUET I DURAN, Impacte i dimensions culturals de la simbologia olímpica de Barcelona '92 (El cas de la mascota)

JOAN MARTÍNEZ ALIER, Urbanismo y ecología en Barcelona

ELISABETH TEJERO GIL, Poblenu: el canvi urbanístic i la transformació social

DOLORS COTRINA I MARTÍ SAURÍ, Impacte econòmic dels Jocs Olímpics

NÚRIA PUIG y KLAUS HEINEMANN, El deporte en la perspectiva del año 2000

ISIDRE MOLAS, El marc polític de Barcelona '92

PILAR CID LEAL i DOLORS APARICIO GRANERO, Bibliografia sobre olimpisme

Llibres rebuts

SUSCRIPCIONES

Número suelto: 1.500 PTA. Anual (1992, tres números: 39-41): 3.800 PTA; estudiante: 3.040 PTA; institucional: 4.300 PTA; extranjero: 46 US \$. Las solicitudes de suscripción han de dirigirse a: Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona. Apartado postal 20. 08193 Bellaterra (Barcelona). Spain. El abono debe hacerse mediante transferencia bancaria a la cuenta 118-54 de la oficina 424 de "la Caixa" o con talón nominativo a Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona (en este tipo de pago, sume al precio de la suscripción 250 PTA en concepto de gastos bancarios). Los envíos al extranjero tendrán un recargo de 3 US \$ para gastos de transporte. Para hacer efectiva la suscripción, ésta deberá ir acompañada del resguardo de la transferencia bancaria o del talón nominativo.